



¿Por qué debo ir a la iglesia?

Por Tara Mulder

Introducción

Me senté tensa e incómoda en la cocina de mi suegra, enfrentando un sermón más sobre la iglesia. Una mujer menuda, y sin embargo impositiva, Clarisa era implacable en ese sentido, especialmente desde que habíamos regresado a la ciudad. Un comentario inocente de mi hija con respecto al conejo de la Pascua me había puesto hoy en la mira. Traté de no darle atención a su diatriba sobre Dios y los valores familiares, pero de pronto ella se inclinó sobre la mesa de la cocina y tomó mi mano con firmeza.

“Felicia, tú y Tomás no han ido a la iglesia desde el bautismo de esa niña hace más de seis años. Ustedes están ignorando esa importante parte de su vida, y también el deber que tienen de enseñarle a la niña la fe de su familia. ¿Por qué no van a la iglesia?”

Estaba preparada para dar las excusas usuales una vez más: estábamos demasiado ocupados, necesitábamos más tiempo en familia, etc., pero cuando vi su mirada determinada, pensé, ¿por qué no ser honesta esta vez? Encogí mis hombros, la miré a los ojos y le dije: “Mamá, ¿por qué *debo* ir a la iglesia?”

++++

“¿Por qué debo ir a la iglesia?” es una pregunta que cada día más y más personas se están haciendo. La aceptación ciega de que la mañana del domingo significa ponerse la mejor vestimenta e ir a la iglesia del barrio sólo porque eso es lo que se espera, ya no existe. Hoy en día las personas llevan otro ritmo de vida y hacen otras elecciones de acuerdo a sus gustos. Si bien siguen siendo muy espirituales, sienten que ‘hay más de una manera de pelar la cebolla’, por así decirlo. Cada uno define la fe, lo sagrado, lo que le es importante y lo que hace una contribución al mundo, de acuerdo con sus valores personales.

Para algunos, esas elecciones incluyen cualquier cosa *menos* la iglesia y el cristianismo. Incluso la palabra “religión”, o la vista de la torre de una iglesia, les evoca recuerdos de “hipócritas hambrientos de dinero”. Y, al igual que cuando van a un restaurante con mala comida o pésimo servicio, no volverán, además de aconsejarles también a todos sus amigos que nunca vayan.

¿Y usted? ¿Qué imágenes vienen a su mente cuando piensa en la “iglesia”? ¿Ha abandonado la iglesia, se ha dado por vencido de ella, o está dispuesto a probar otra vez? Tal vez la idea de asistir a una iglesia sea algo totalmente

nuevo para usted. Quizás esté preguntándose: “¿Por qué tanto alboroto con un edificio que se usa sólo una vez a la semana?”

¿Alguna vez se ha preguntado quién o qué es Dios? Cuando escucha cantar “*God Bless America*” (Dios bendiga a América, canción patriótica de los Estados Unidos) o “*God Save the Queen*” (Dios salve a la Reina, título del himno nacional británico), ¿se pregunta qué quieren decir? En cualquier caso, me alegra que esté leyendo esto. Aprecio la oportunidad de explorar esas preguntas con usted.

Este folleto no es algo que tenga que leer de principio a fin. Dé un vistazo a lo que contiene y lea lo que le llame la atención. En él encontrará historias de personas que hacen preguntas y encuentran respuestas, y también encontrará descripciones sencillas de Dios, de lo que creen los cristianos y la experiencia de la iglesia. Espero que encuentre algo que le hable a usted.

Contenido

<i>Le presento a Felicia, quien piensa que la iglesia sólo quiere dinero</i>	2
<i>Le presento a Amanda, quien no confía</i>	4
<i>Le presento a Lorenzo, quien no entiende el punto</i>	7
<i>Le presento a la autora, quien se convirtió en una investigadora de la verdad</i>	8
<i>Le presento a Jesús—Le presento a la iglesia</i>	10

Felicia

Felicia estaba disgustada con la iglesia por hacerla sentir culpable con respecto al dinero, y por no darle ayuda real cuando más la necesitó. Volvamos a ese tenso momento en la cocina de su suegra.

“Mamá, ¿por qué *debo* ir a la iglesia?” El ambiente estaba muy tenso.

Los ojos de la suegra se abrieron con sorpresa, y luego se oscurecieron de tristeza. “¿Tu fe ya no significa nada para ti?”, le preguntó.

“Aquí el tema no es la fe. Yo sé lo que creo. Me siento cerca de Dios, pues oro. La pregunta real es si la iglesia significa algo en mi vida”. Antes de darle oportunidad de protestar, continuó: “¿Recuerdas las dificultades económicas que tuvimos Tomás y yo cuando estábamos recién casados?”

Clarisa asintió. La comprensión en sus ojos me ayudó a continuar.

“Nosotros queríamos esperar hasta estar estables financieramente para tener un hijo, pero quedé embarazada antes de lo esperado. Estar a cientos de kilómetros de distancia de ti y de otros familiares lo hizo aún más difícil. Y teníamos mucha ilusión de tener éxito. Todo el tiempo estuve estresada y luchando. Entonces busqué guía del pastor y todo lo que me dijo fue: “Continúa orando. Dios siempre tiene un plan”. ¡Qué disparate! ¡Yo quería un consejo de verdad, ayuda real, y él simplemente no me hizo caso!

“¡Y también estaba la presión de dar dinero! Tomás y yo nos sentíamos tan culpables—culpables y egoístas si no dábamos a la iglesia, y culpables con respecto a nuestro presupuesto cuando lo hacíamos. Después de un tiempo dejamos de sentirnos culpables. Simplemente estábamos enojados, especialmente porque nuestras finanzas no

mejoraban, y tuve que regresar a trabajar tiempo completo sólo seis semanas después de que el bebé nació. Eso me rompió el corazón, y a la iglesia no pudo haberle importado menos. Entonces dejamos de ir. Y no pareció que la situación empeorara cuando dejamos de hacerlo”.

Incliné la cabeza y me froté las sienes, esperando evitar el dolor de cabeza que sentía venir. Clarisa se sentó en una silla junto a mí y puso su brazo alrededor de mis hombros. “Ay, querida, yo sí recuerdo las dificultades que tú y Tomás tuvieron, pero no había caído en cuenta de que te sentías así con respecto a la iglesia. Y yo he estado empeorándolo todos estos años, tratando de recuperarlos”.

Me volví hacia ella, muy aliviada de que entendiera, y ella tomó mis manos. “Felicia, perdona a esta vieja por juzgarte mal. Y siento mucho que la iglesia te decepcione”.

“Gracias”, sonreí.

“Ese asunto del dinero en la iglesia es un verdadero dolor de cabeza para mucha gente”, continuó, “pero para mí tiene que ver con el agradecimiento por todo lo que Dios me ha dado. Él no lo necesita, pero yo veo cómo se usa el dinero para ayudar a otros. Qué mal que a veces todo salga de la manera equivocada”.

“¡A veces!” Mi objeción salió a flote una vez más. “Lindas palabras, mamá, pero no estoy segura. La iglesia se preocupa por lo que tenemos que hacer, por lo que tenemos que dar. Pero ¿qué hay de su responsabilidad de ayudar a otros? Yo pedí ayuda y no me la dieron”.

“Lo siento, querida. No estoy segura por qué sucedió eso en esa iglesia. Ojalá hubiera sabido por lo que estaban atravesando. Tal vez habría podido ser de más ayuda”.

Me sentí apaciguada, pero no convencida. “Pero mamá, ¿por qué vas tú a la iglesia?”

Ella sonrió y me apretó los hombros. “En la iglesia he encontrado verdadera ayuda y esperanza, algo que me da más gozo que cualquier otra cosa. Y no me voy a quedar callada al respecto. Pero no te incomodaré más con este asunto. Tú y Tomás sabrán cuándo y si están listos para darle una segunda oportunidad a la iglesia”.

Eso fue hace casi un año, y la breve conversación se olvidó. A Tomás y a mí nos fue mejor desde el punto de vista financiero y decidimos buscar un colegio religioso para nuestra hija, para darle la misma crianza que nosotros tuvimos.

Cualesquiera fueran mis sentimientos con respecto a la iglesia en ese momento, yo tuve una buena niñez y una buena educación en un colegio cristiano y supuse que mi hija merecía lo mismo. Leímos folletos, hablamos con amigos, incluso visitamos algunos. Finalmente, seleccionamos uno con buena reputación, cerca a mi trabajo. A Teresita le encanta, y como ha hecho buenos amigos, Tomás y yo nos hemos hecho amigos de otros padres. Algunos de ellos también asisten a la iglesia asociada al colegio... ¡y parecen estar contentos con ella!

Le pregunté a una amiga si ellos hablan sobre dinero todo el tiempo. “No”, dijo con una risa disimulada, “pero sé a qué te refieres. A veces sí hablamos de dinero. Es parte de la vida, así que es parte de la iglesia. Pero no es el único tema del que hablamos. Yo voy porque quiero estar ahí, y sé que todo lo mío es valorado, no sólo mi dinero”. Ella dudó, sintiendo que yo todavía no estaba convencida. “¿Sabes qué? Cuando le doy parte de mi dinero a la iglesia, es de corazón. Y si no doy nada algunas veces, ¡ni Dios ni la gente de la iglesia me va a poner de patitas en la calle!” Ante eso, no aguanté la risa.

“La iglesia realmente me ayuda un poco”, continuó, “y como madre soltera, necesito toda la ayuda posible. ¿Sabías que el próximo viernes habrá guardería gratuita en la iglesia desde las 5 de la tarde hasta las 9 de la noche? Sí, en serio”, dijo, cuando miré sorprendida. “¡Ahora no tienes excusa para no ir al cine conmigo!”

Si seguimos escuchando cosas buenas como ésta sobre la iglesia, realmente vamos a probar alguna vez. ¡Incluso si eso alegra a mi suegra!

Amanda

Amanda no quería tener nada que ver con la iglesia ni con Jesús debido a una verdadera desconfianza hacia los pastores. Descubra la razón de su desconfianza, y lo que el pastor le dijo.

Al viajar en avión, a muchas personas les gusta enterrar su nariz en un libro o intentar dormir. A mí me gusta hablar con las personas, cuando están de ánimo, y me gusta aprender sobre alguien cada vez que vuelo. Debo decirles... soy pastor y a menudo cuando viajo llevo esa extraña camisa negra con ese cuadrito blanco en el cuello. Eso hace que algunas personas se sientan cómodas, y otras... no tanto.

Para una joven en particular en un vuelo reciente a casa sospecho que mi cuello clerical fue fuente de incomodidad. O quizás no tenía ganas de hablar. Ella guardó su equipaje de mano y se sentó en el asiento del pasillo junto al mío que estaba junto a la ventana, sin casi siquiera mirar en dirección mía. Respondió a mi intento inicial de conversación con respuestas duras y monosílabas. Pude saber que estaba volando por trabajo y que vivía en Seattle, pero no me dijo nada más antes de ponerse los audífonos y cerrar los ojos.

Así es que saqué mi novela de espionaje y me resigné a unas horas de lectura. Hice una corta oración, sin embargo, por si Dios quería que le dijera algo a ella, que me diera las palabras.

Unas pocas páginas y conspiraciones más tarde, fuimos despertados de nuestras ocupaciones individuales por el carrito de bebidas. Después de que la aeromoza tomara nuestras órdenes eficientemente, la mujer comentó sobre la novela que yo estaba leyendo. “No pensaba que los ministros leyeran libros como ese... por lo menos no en público”.

Yo me reí. “Sí, me gustan los misterios buenos, y este autor es bastante bueno. Pero también pienso que si no debiera leer un libro en público, probablemente no debería hacerlo en ningún momento”.

Sus ojos se entrecerraron. “Muchas personas hacen cosas en secreto que no harían en público, incluso los ministros”. Me miró con agudeza y apartó los ojos.

“Sí, estos cuellos no hacen que nadie sea inmune a las tentaciones ni las fallas”, dije despacio. “Apuesto que has conocido uno o dos ministros”.

“Claro que sí. No en la iglesia, pues nuestra familia nunca asistió a una. Pero tuvimos un vecino que era pastor”. Ella pronunció la palabra “pastor” con un claro desdén.

“Mmmmm... ¿qué hizo ese tipo?”

Ella hizo una pausa, midiéndome con los ojos. “Él golpeaba a su esposa”. Mi turno para hacer una pausa. “Eso debió ser horrible”, suspiré.

“¿Horrible? ¿Horrible?” Ella inclinó su cuerpo hacia mí llenando sus ojos con rabia y dolor. “Nuestras casas estaban suficientemente cerca como para oírlo todo”, dijo. Se le iban a salir las lágrimas. “Los gritos, el llanto, el ruido de los platos y los muebles. Y los ruegos de Susana. ‘Por favor no, querido. Lo siento, querido’. Me enfermaban”. Componiéndose un poco con un suspiro profundo, continuó mientras yo escuchaba estupefacto. “Fuera de la casa era todo un príncipe. Todo el mundo amaba al pastor Juan. Pero nosotros sabíamos cómo era en realidad. A veces sus hijos, Miguel y Roberto, se iban para nuestra casa cuando eso sucedía, y no decían una palabra.”

“Mis padres trataron de ayudar. Mi madre invitó a Susana a tomar café, habló con ella sobre sus opciones. Incluso la llevó al hospital una vez que necesitó puntos. Pero Susana ni siquiera consideró dejarle. Mi padre llegó a llamar a la policía, pero ella nunca presentó cargos. ‘Si lo vieran en la iglesia’, decía. ‘Es muy buen pastor. Nunca se imaginarían que pudiera herir a nadie. Si yo me esforzara más, podría evitar que él perdiera los estribos’. Dios, ¡qué patética!”

“Es difícil de entender. He hablado con mujeres que han sido abusadas, y he oído afirmaciones similares”, me compadecí. “Parece que tus padres hicieron más de lo que hace la mayoría en esa situación”.

Apareció un esbozo de sonrisa, la primera desde que abordó el avión. “Mis padres son fantásticos. Ellos me enseñaron buenos valores a mí y a mi hermana. Son honrados, íntegros y, sobre todo, bondadosos— ¡lo cual es mucho más de lo que puedo decir del pastor Juan!” Otra vez, el desdén. “Ellos nos enseñaron que existe una especie de Dios-creador—pero que no podemos ponerle etiquetas como cristiano o musulmán. Simplemente existe. Mi padre decía que el cristianismo es como el libro “Las ropas nuevas del emperador”: no hay nada allí, pero todos tienen miedo de decir que no las ven. No sé si es cierto, pero creo que la bondad importa más. Yo no necesito creer en nada extraordinario para entenderlo”.

“¿Qué pasó con esa familia?” pregunté.

“Se mudaron. Están en algún lugar del país—supongo que nadie llamó a la policía. Incluso él siguió siendo pastor de la misma iglesia. ¿Sabe? Eso es lo que más me molesta.

Mis padres se aseguraron de que mi hermana y yo distinguéramos lo correcto de lo incorrecto, y que tuviéramos la valentía de hacer algo al respecto. ¿Cómo es posible que esa iglesia no haga nada?” Sus lágrimas afloraron nuevamente. “¡Ellos vieron toda la evidencia en la cara de ella! Seguro era buen predicador porque era bueno para mentir. ¿Se estaban engañando? Y si pudieron engañarse con respecto a lo que tenían frente a sus narices, ¿no se están engañando también con respecto a Jesús?”

“Entiendo por qué puedes pensar eso”, afirmé. “¿Has conocido otros pastores o sacerdotes?”

“No. La sola vista de ese cuello me da náuseas.” Miró con sospecha el mío. “Siempre me pregunto cuál es su secreto”.

“Pregúntame cuál es el mío”, la reté.

“¿Qué?”, preguntó con el ceño fruncido. “¿Está bromeando? Esto no es una broma. Estoy hablando en serio.”

“¿Cuál es tu nombre?”, la presioné con cortesía. “Amanda”, me dijo, de mala gana.

“Amanda, mi nombre es Mario. Pregúntame cuál es mi secreto.”

Todavía mirándome como si fuera un lunático, se aventuró: “OK, Mario. ¿Cuál es su secreto?”

“Me alegra que preguntaras. No soy perfecto. Preferiría cortarme la mano antes de herir a mi esposa, pero no soy perfecto. Siempre estoy haciendo lo que no quiero y no lo que sé que debo hacer. ¿No sientes lo mismo?”

“Sí”. Miró para abajo. “Entonces tengo que esforzarme más”.

Escuché un anhelo de perfección en su voz. “Bueno, mi secreto es que sé que nunca podré esforzarme suficiente. Nunca seré lo suficientemente honrado ni bondadoso sin importar cuánto me esfuerce”. Los ojos de Amanda estaban tan redondos como platos. “Mi secreto empeora, pero aun así Dios me ama”.

Todavía con sospecha, replicó: “¿Cómo lo sabe?”

Sonreí, muy feliz de contarle lo que pienso que Dios quería que ella escuchara ese día. “El pastor Juan puede haber engañado a otros, pero no engañó a Dios. Yo tampoco puedo engañar a Dios. Nadie puede. Él nos hizo, sabe todo sobre nosotros, por dentro y por fuera. Los hombres que golpean a sus esposas, la gente que miente, que roba, todo ese egoísmo... él lo sabe y eso lo entristece. Realmente le duele y nos separa de él. Entonces, Dios hizo algo al respecto. Envío a su hijo Jesús para que pusiera sobre él todo lo malo. Eso nos da un camino de regreso a él, una nueva vida, un regalo completamente gratuito. Yo creo que Jesús es mi Salvador, perfecto en amor cuando yo nunca podré serlo. El ser creador del que tus padres hablaban—yo tengo una relación personal con él”.

“¿Porque usted es pastor?”

“En absoluto. Lo que Dios hizo lo hizo por todo el mundo, sin excepción de personas. Parte de la razón por la cual llevo este cuello es para contarle a tanta gente como pueda sobre el amor de Dios. Es un secreto digno de contar”.

“Usted hace que suene muy fácil. ¿Cómo puedo creerle?”

“No es mi palabra. Es la palabra de Dios”. Busqué en mi maletín, tomé una Biblia de bolsillo y puse una de mis tarjetas donde comienza el evangelio de Juan. “La verdad está aquí. Apuesto mi vida a ello”.

Amanda estaba escéptica, pero la tomó. “Supongo que no hay riesgo en leer un poco”.

“Ninguno. Consévala. Incluso puedes encontrar el lugar donde Dios le dice a los esposos que amen a sus esposas y cómo hacerlo. El pastor Juan ciertamente no tenía excusa de Dios para tratar a su esposa como lo hizo”.

“¿En serio?”

“En serio. Gracias por escucharme”.

“Supongo que algunos de ustedes que llevan ese extraño cuello no son tan malos. Gracias”.

Más tarde, cuando nos preparábamos para salir, Amanda puso la Biblia en su maletín. Cuando nos despedimos cálidamente, oré en mi corazón por Amanda, sabiendo que Dios estaría con ella.

No esperé verla nuevamente, pero un par de meses después Amanda me envió un correo electrónico con algunas preguntas sobre la Biblia. ¡Me emocioné mucho!

Mantuvimos una animada discusión por correo electrónico por unas semanas. Me complació mucho que no tuviera miedo de desafiar y cuestionar. A veces parecía frustrada, pero nunca se dio por vencida. Luego me arriesgué y la invite a una clase en mi iglesia para personas que estuvieran indagando la fe. Quería que viera que no estaba sola.

A Amanda le gustó la clase y pareció interesada en aprender más sobre ese Dios que la amó antes de que ella siquiera lo conociera. Hasta le dio oportunidad a un servicio de adoración. Siempre es agradable para mí ver la iglesia desde el punto de vista de un recién llegado. Yo paso tanto tiempo allí que parece que fuera mi segundo hogar, por lo que doy cosas por sentadas. Miraba a Amanda maravillarse por los vitrales de las ventanas y otras partes del santuario. También vi su consternación natural al tratar de seguir lo que estaba sucediendo; por fortuna, la mujer que estaba junto a ella la ayudó.

Y ella hizo amigos. Algunos miembros la ayudaron a entender algunas cosas, ¡incluso mejor que yo! Ese compañerismo es una parte importante de la iglesia. Por eso es que no dejamos de reunirnos.

Y finalmente ella fue a mi encuentro sosteniendo una familiar y muy usada Biblia de bolsillo, diciendo: “Pastor Mario, esta es la verdad. Jesús es el Salvador. Él es mi Salvador”. Su cara se iluminó; yo no pude decir ni una palabra. En mis ojos se formaron lágrimas y sostuve su mano.

Ella estaba nerviosa con respecto a la reacción de sus padres, recordando la ridiculización que sus padres hacían del cristianismo y la insistencia de su madre en sólo ser una persona amorosa. ¿Se enojarían o tratarían de que Amanda dejara su nueva fe? ¿Vendrían a su bautismo?

Sus padres estaban un poco escépticos, pero asistieron. Fue una gran celebración—un poderoso recordatorio para todos los asistentes ese día sobre la nueva vida, el renacimiento que tenemos en Jesús. Me emocioné profundamente cuando pasó a tomar la Santa Comunión. Después de todo, junto con la palabra de Dios, el bautismo y la Santa Cena son las formas en que Dios se nos revela. Pude ver que la relación que Amanda tenía con Jesús se estaba fortaleciendo día a día.

Eso fue hace tres años. Veo a Amanda la mayoría de los domingos en la iglesia, y está pensando en enseñar una clase bíblica, “¡Porque tengo un secreto que vale la pena contar!”, dice.

Lorenzo

Lorenzo es un estudiante universitario que se conforma con guardar su fe para sí mismo. Ir a la iglesia es totalmente innecesario... hasta que conoce a Beatriz.

“Ay, vamos chica, quiero que vengas a verme jugar”. La miré y le sonreí de la manera que generalmente hacía que las chicas comieran de la palma de mi mano. Bueno, al menos a mi abuela. “Estos son los juegos clasificatorios”, rogué. Beatriz, sin embargo, no era tan fácil como mi abuela.

“Lorenzo, sabes que me encanta verte jugar basquetbol!” Se acercó a mí en las graderías. “Vine a tu entrenamiento esta noche, ¿no? Simplemente tengo iglesia esa noche.”

“¿Tienes iglesia?”, dije haciendo muecas. “¿Qué quieres decir con ‘tengo iglesia’? ¿Y un miércoles a la noche?”

Gran error. Beatriz levantó sus cejas y meneó su cabeza en aquella forma que ya estaba empezando a conocer demasiado bien. Estuvimos a punto de tener una escena allí mismo en el gimnasio; y fue bueno que todavía no hubiera muchos chicos que hubieran salido de los casilleros.

“¡Basta!”, dijo ella. “Yo no te doy explicaciones a ti. Quiero ir a la iglesia, yo asisto a la iglesia. Si quiero ir a un juego de basquetbol, voy. Si quieres estar conmigo, es mejor que dejes esa actitud en tu casa. La iglesia y mi fe son muy importantes para mí”.

“Oye, lo siento. Sé que eso es importante para ti, Beatriz, pero yo también quiero ser importante para ti. Este es un juego importante”, dije esperando una oportunidad. “Si perdemos, se acabó la temporada”.

“Y si ganan, estaré en el juego del campeonato. Pero este miércoles voy a ir a la iglesia”. Ella no cedió. “No estaría mal que vinieras conmigo alguna vez”, desafió.

“Oye, yo tengo a Jesús. Simplemente no necesito ir a cantar y todas esas cosas con gente que actúa como si el resto del mundo no importara. Ellos no me conocen, y no saben lo que tengo que atravesar”. Abrí la puerta del gimnasio, esperando otra discusión mientras caminábamos hacia el parqueadero.

“Tienes razón”, dijo con simpleza.

“¿Tengo razón? ¿Entonces por qué vas?” Esta chica tenía mucho más que otras con las que había salido antes.

“Lorenzo, ¿por qué vienes a mi residencia universitaria a verme?”

Tragué saliva. Se me subió la sangre a las mejillas. ¿A dónde iba esta conversación? “Tú sabes... me gustas. Quiero estar cerca de ti”.

“Voy a la iglesia porque amo a Jesús y él me ama. Quiero estar ahí, con otros que creen. Ellos no siempre me conocen, ni se relacionan conmigo, ni yo con ellos. Pero estamos conociéndonos y oramos unos por otros. Quiero aprender sobre todo lo que Jesús ha hecho por mí. Eso me ayuda a ser fuerte en mi fe y en mis decisiones”.

“Bueno, ¡ciertamente eres fuerte en tus decisiones!”, refunfuñé.

“No podría ser fuerte sola. Mi relación con Jesús marca la diferencia”. Ella se detuvo y tomó mi mano. “Es difícil describir cómo es la iglesia, pero me gustaría que vinieras conmigo alguna vez”.

La acompañé hasta su auto y me incliné, esperando un beso. “Me gustas, Beatriz, en serio. Pero no sé qué pensar sobre todo el tema de la iglesia”.

“Y nunca lo sabrás a menos que vayas”, replicó con una respuesta que me golpeó como un balde de agua fría. Esta chica definitivamente tenía más de lo que yo esperaba. ¡Ella me puso a pensar en la iglesia! ¿Será que en la iglesia puede haber algo más de lo que yo pienso?

La búsqueda de la autora

¿Por qué voy a la iglesia? ¿Cómo respondo a la pregunta de por qué *debo* ir a la iglesia?

Me crié en un hogar cristiano, pero no siempre estuve súper entusiasmada con respecto al tema de la iglesia. No siempre estuve segura de qué había allí para mí. Incluso hubo un tiempo en que me pregunté por qué creía lo que creía. No quería ser tan ingenua como para pensar que, como ésta era la fe que conocía, era la mejor o la única. Si hubiera nacido en una familia budista ¿no estaría igual de segura de que ese era el camino espiritual correcto? ¿Cuánto de mi fe era simplemente un reflejo de lo que era importante para mis padres?

Así que le di una buena mirada a lo que otros creían y no creían. Leyendo, visitando lugares de culto y hablando con otras personas, aprendí mucho y me hice de amigos muy interesantes. Realmente tenía dos preguntas: ¿Por qué debo ir a la iglesia?, y ¿por qué creo lo que creo? Y no podía resolver la primera pregunta sin responder la segunda.

Un profesor de la universidad me dijo una vez que de la frustración viene el crecimiento. Y sí que me frustré. Examiné creencias sobre el origen del universo, el libre albedrío, la vida después de la muerte y la restauración de errores. Comparar diferentes sistemas de creencias puede dejarlo a uno sintiéndose completamente a la deriva, como si todos los sistemas de creencias fueran sólo mitos que ayudan a las personas a conciliar el sueño, y como si el universo sólo fuera algo fortuito.

Luego estudié a los maestros y fundadores de los sistemas de creencias. Mi excursión mental por las religiones del mundo me dio una perspectiva fresca y me permitió descubrir algo extraordinario. Jesús es realmente único entre las figuras religiosas. Él no es simplemente un personaje agradable, un sabio, un maestro o un profeta, ni un simple iluminado. O es exactamente lo que dijo ser, o estaba loco. Leyendo sus palabras en la Biblia, encontré que no era ni un mentiroso ni un lunático. Y al leer las promesas sobre él en la Biblia hebrea escrita siglos antes, me sorprendí de cuán hermosamente encajan las piezas.

Este Jesús se sacrificó por mí, en lugar de exigirme que yo me sacrificara. Este Jesús tiene todo el poder y el conocimiento y, sin embargo, me ama como una amiga. Este Jesús no es remoto, sino que está íntimamente conectado conmigo. Él me completa, mostrándome de dónde vine, dándome un propósito para mi vida, y mostrándome hacia dónde voy. Él me transforma, dándome fortaleza cuando estoy débil, y me unirá para siempre con él cuando esta vida terrenal haya terminado.

Mi certeza de que esa es la verdad no tiene que ver con la evidencia, aunque la hay. No tiene que ver con los sentimientos, aunque sí los tengo. No tiene que ver con que simplemente me ayude a conciliar el sueño, aunque sí tengo confianza y esperanza que van más allá del entendimiento. Mi relación con Jesús, y es eso—una relación interactiva—, es más que la suma de sus partes. Él me ha reclamado como suya. Yo sé que no podría creer en él por mí misma; por el contrario, yo creo que él vino a mí primero. Todo lo que tuve que hacer fue reconocerlo, simplemente tomar su mano, que ya me había extendido.

Algunos de mis amigos me tildan de “obsesionada con Jesús”. Ellos dicen que todos los caminos llevan a Dios; yo digo que el camino de Jesús guía a todo el mundo. Cada vez hay menos cristianos en la sociedad occidental. Yo siento que en el siglo 21 estoy siguiendo el camino menos transitado, pero igual que el poeta Robert Frost, tengo que decir que eso ha marcado la diferencia. Ciertamente marcó una diferencia en cómo entiendo y elijo ser parte de la iglesia cristiana.

Y elijo ser parte de ella. ¿Por qué? ¡Porque puedo! Cuando voy a la iglesia puedo entregarle mis miedos y mis fallas, y Jesús los lava y se los lleva. Puedo ser transformada y renovada por su Espíritu. Puedo unirme en cánticos y oración con otros que, gracias a Jesús, son como mi familia. Salgo de la iglesia sonriendo y tarareando, lista para enfrentar otra semana... porque, con Jesús, puedo hacerlo.

Le presento a Jesús — Le presento a la iglesia

Hay tanto que decir... ¿por dónde empiezo? ¿Campanarios y predicadores? ¿Navidad y Pascua? La iglesia es en primer lugar, y ante todo, el grupo de personas que cree en Jesús como su Señor y Salvador—cada uno de ellos, en todo el mundo. En segundo lugar, la iglesia es la reunión y el envío de esas personas. Ellos se reúnen en una fe común para adorar y llegar a la madurez espiritual. Esas personas luego salen por todo el mundo para compartir el amor de Jesús en formas relevantes.

Para definir más a la iglesia, me gustaría compartir con usted las palabras de Eldon Weisheit, otro creyente en Jesucristo que trata el mismo tema. La sección que sigue son sus percepciones de hace más de 30 años, percepciones que, a la luz de lo que Dios revela de él mismo en la Biblia, son sinceras.

+ + + + +

El Nuevo Testamento (la parte de la Biblia que empieza con el nacimiento de Jesús alrededor del año 3-4 a.C.) a menudo llama a la iglesia ‘el cuerpo de Cristo’. Puede leer sobre esto en Romanos, capítulo 12, versículos 3 a 8:

“Por la gracia que me es dada, digo a cada uno de ustedes que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con sensatez, según la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque así como en un cuerpo hay muchos miembros, y no todos los miembros tienen la misma función, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a los demás. Ya que tenemos diferentes dones, según la gracia que nos ha sido dada, si tenemos el don de profecía, usémoslo conforme a la medida de la fe. Si tenemos el don de servicio, sirvamos; si tenemos el don de la enseñanza, enseñemos; si tenemos el don de exhortación, exhortemos; si debemos repartir, hagámoslo con generosidad; si nos toca presidir, hagámoslo con solicitud; si debemos brindar ayuda, hagámoslo con alegría”.

¿Cuáles son las implicaciones de decir que la iglesia es el cuerpo de Cristo? Para responder esta pregunta tenemos que hablar sobre algunas de las cosas que conocemos sobre Cristo. De esa manera podremos estar seguros de que estamos empezando en el mismo lugar. Después de todo, estamos hablando de su cuerpo.

El primer capítulo del evangelio de Juan dice que Cristo existió incluso desde antes del comienzo del mundo. Eso significa que él es Dios. Pero Cristo también se convirtió en ser humano. La historia de la Navidad nos dice cómo sucedió eso (está descrito en los dos primeros capítulos del Evangelio de Lucas). Jesús seguía siendo Dios, pero ahora también era algo más: un ser humano que podía participar en las vidas de otros seres humanos, y experimentar lo que ellos experimentan.

Debido a que Jesús ahora era humano, podía tener la tentación de pecar de la misma manera que usted y yo somos tentados (Hebreos 4:15). Pero dado que también era Dios, pudo resistir las tentaciones donde nosotros usualmente cederíamos a ellas. Siendo humano, Jesús sufrió física y emocionalmente, y finalmente murió, pero por ser Dios, su sufrimiento y su muerte fueron aceptadas por su Padre como sustituto por el castigo que nosotros merecíamos. Gracias a que Jesús murió en nuestro lugar y luego resucitó de la muerte, todas las personas que creen en él van a vivir para siempre con él en el cielo.

Creer en Jesucristo es más que simplemente decir que algunos hechos sobre él son verdad. Creer en Jesucristo es aceptar como verdad nuestra participación en esos hechos. Ahora, con eso en mente, podemos continuar con lo que empezamos: cómo la iglesia puede ser llamada el cuerpo de Cristo.

Cuando Jesús vivía en la tierra, Dios estaba físicamente presente con su pueblo. Ellos podían verlo y tocarlo. Él hablaba su idioma para que pudieran aprender de él. Sanó a los enfermos y alimentó a los hambrientos. Él dijo: “Yo perdono sus pecados”. Ellos lo amaban.

Pero después de que Jesús murió, resucitó y volvió a su Padre en el cielo, la mayoría de las personas asumió que esas cosas nunca volverían a suceder. Fue agradable tener cerca a Dios por un rato, pero ahora que Jesús se había ido, bueno, todo volvería a la normalidad.

Sin embargo, Jesús vivió, murió y resucitó para todo el mundo en todas las épocas y en todos los lugares, no sólo por unos afortunados cientos de personas de ese rincón del mundo que pudieron verlo y escucharlo. Su vida no se limitó a los algo más de 30 años que pasó en esta tierra.

¡Cuando Dios me da el don de la fe en Jesús, me convierto en su hijo y Jesús viene a vivir en mí! ¿Cuáles son las implicaciones de esto? Además del hecho de que ahora viviré para siempre en la presencia amorosa de Dios, esto significa que las manos que sanaron a los enfermos y alimentaron a los hambrientos, la lengua que le dijo palabras de consuelo a las personas que sufrían, los pies que se desviaron de su camino para estar donde alguien necesitaba una expresión clara del amor de Dios—ese cuerpo de Cristo sigue estando alrededor. Y no sólo en un sentido espiritual misterioso.

Quienes creemos en Cristo formamos su cuerpo. Cristo sigue amando a todo el mundo mediante nosotros; él sigue compartiendo las buenas nuevas del amor de Dios y lo que él ha hecho para salvarnos; él sigue sanando; él sigue alimentando; él sigue perdonando. Cristo está con usted ahora, mientras lee este folleto, y está conmigo mientras lo escribo. Él está en los hospitales donde hay ministros cristianos visitando a los enfermos. Él está en la ciudad, entre los que son golpeados por la pobreza, los que no tienen techo, en los campos de batalla, en las cortes de justicia, en los salones de clase—en cualquier lugar donde su pueblo desparramado está ayudando a los necesitados.

Cuando usted está con Cristo, no está solo

Algunas religiones consideran ideal el estar solos con su Dios. Su máximo ejemplo de persona religiosa es aquella que se aísla de otros y se concentra sólo en las cosas divinas. El cristianismo, por su parte, nos llama a una vida en comunidad. Jesús dice: *“Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos”* (Mateo 18:20).

Eso no significa que tenemos que estar siempre en medio de una multitud. Algunas experiencias son muy privadas, sólo entre usted y Dios, por ejemplo cuando oramos. Pero estar con otros miembros del cuerpo de Cristo puede ser realmente una experiencia de aprendizaje, una oportunidad de entender mejor los grandes dones que Jesús le da como individuo. Él le perdona, y eso es algo muy personal. Pero él le da tanto perdón, que puede compartirlo con otros. Además, usted logra una mejor comprensión de su perdón cuando ve que otros también necesitan ser perdonados.

Él también le da amor, un amor que viene directamente de Dios para usted. Y una de las maneras de retribuirle ese amor es amando a todos los otros que él ama. Recuerde: Jesús vino a salvarlo a usted, pero también vino a salvar a todo el mundo. Y esa es una gran multitud.

Alimentando los miembros del cuerpo

Al ser parte del cuerpo de Cristo, usted recibe lo que Cristo tiene para dar. Una cosa que él da en abundancia son palabras—instrucciones, consejos, advertencias, promesas—muchas palabras. De hecho, muchas veces Juan se refiere a Cristo como “la Palabra”, porque Dios nos habla a través de él. ¿Quiere saber qué está pensando Dios y qué tiene que decir? Escúchelo en la Biblia. Yo sé que usted puede leer solo la Biblia. Pero las palabras de ese libro lo llevarán a Cristo y Cristo lo lleva a las personas. Una vez más, usted no está solo.

La Biblia puede entenderse mejor si la escucha y habla sobre su mensaje con otros cristianos. Los seres humanos somos seres sociales, por lo que aprendemos los unos de los otros cuando compartimos nuestro propio entendimiento del amor de Dios. Finalmente, cuando escucha lo que Cristo le pide hacer, sabe que no puede hacerlo solo. Pero cuando ve que hay un cuerpo entero con muchas manos, piernas y corazones, se da cuenta que, junto con otras personas, sí puede hacer lo que Cristo le pide.

Diferencias que no importan

Es imposible conocer a todos los otros miembros del cuerpo de Cristo. E incluso de aquellos que sí conoce, quizás no aprecie o guste de algunos. Por eso es que Jesús es la cabeza, y nosotros somos el cuerpo.

Si las diferencias le preocupan, puede serle útil leer el Capítulo 12 de la primera carta de Pablo a los Corintios. En el versículo 12 Pablo comienza recordándonos sobre nuestros cuerpos físicos, diciendo que el cuerpo tiene muchas partes diferentes. Algunas partes tienen la misma función: el oído izquierdo tiene la misma función que el oído derecho. Pero otras partes sirven para cosas muy diferentes: la nariz no puede cumplir la función del estómago, ni el estómago puede hacer lo que hace la nariz. El cuerpo humano necesita todas las partes, y todas las partes tienen que trabajar juntas para que el cuerpo funcione en forma saludable. Ninguna de las partes puede existir por sí misma, sino que cada una necesita de las otras. Y aunque cada parte es diferente de las otras, el cuerpo funciona. Y eso es lo importante.

Una de las muchas ventajas de ver a la iglesia como el cuerpo de Cristo es que los cristianos pueden ser muy diferentes unos de otros y, aun así, ser partes importantes de un solo cuerpo. Los grupos de cristianos pueden tener diferentes estructuras organizacionales. Algunos pueden adorar en catedrales, otros en hogares. Pueden usar muchos tipos diferentes de música, pueden ser formales o informales, intelectuales o sencillos. Sin embargo, cada grupo puede ser considerado parte del cuerpo de Cristo mientras sus miembros compartan una fe común en él como Salvador.

Diferencias que sí importan

Tal vez este es el lugar para hablar un poco sobre lo que no es la iglesia. La iglesia no está limitada a ninguna organización ni institución. Lo que nos convierte en parte del cuerpo de Cristo no es el ser miembros de una iglesia o grupo en particular, sino nuestra fe y relación personal con Jesucristo como Señor y Salvador de nuestra vida. Si bien es cierto que la fe nos une con otros cristianos que creen lo mismo que nosotros, el cuerpo de Cristo siempre es más grande que cualquier institución humana.

La salvación es un regalo de Dios, al igual que la fe en Jesucristo. Por lo tanto, si alguien dice que para ser salvo debe pertenecer a tal o cual iglesia o grupo, está equivocado. Dios no le ha dado una franquicia exclusiva de la salvación a ninguna organización, así es que no le crea a ningún grupo que diga que sólo en ellos puede encontrar la salvación.

La iglesia tampoco es un edificio, ni una forma particular de adorar. A menudo llamamos “iglesia” al lugar donde adoramos. Usar la palabra iglesia de esa manera está bien, siempre y cuando las personas entiendan que el

edificio no es realmente la iglesia. Y el servicio de adoración es iglesia sólo porque las personas que participan en él se han reunido en el nombre de Dios para recibir de él los dones que necesitan para vivir la vida de servicio a la cual Cristo los llamó.

Por lo tanto, ningún grupo debe sentir que puede despreciar a otro grupo dentro del cuerpo de Cristo porque sea diferente en algunas cosas. Mientras Cristo sea la cabeza de ese grupo, es igual en importancia a todas las otras partes del cuerpo. De la misma manera, los cristianos individuales tampoco tienen derecho de menospreciar a la institución de la iglesia, pues la iglesia organizada es necesaria.

Si cada cristiano tuviera que trabajar por separado, ninguno de nosotros podría hacer todas las cosas que Cristo ha dicho que hacen sus seguidores: en forma individual no tendríamos los recursos para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, consolar a los afligidos ni cuidar a las personas necesitadas. Pero juntos podemos hacer todas esas cosas, y muchas más.

La iglesia es el lugar donde las personas imperfectas encuentran al Salvador perfecto.

Allí él nos da su perfección, perdonándonos y enviándonos al mundo para hacer que más personas imperfectas se encuentren con él para recibir el mismo regalo. (Esta sección ha sido extraída de *Do I Really Need a Church?* © 1980, Int'l Lutheran Laymen's League).

+ + + + + + +

Me pregunto qué inquietudes tiene usted en este momento. Sea que esté de acuerdo o no, o que no esté seguro, mi oración es que, si no participa de una iglesia, le dé una oportunidad. Quizás encuentre allí a Jesús.

+ + + + + + +

*Visite la tienda virtual de LHM
donde encontrará una variedad de
recursos para su ministerio*

Para adquirir folletos impresos, diríjase a
<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.
Allí encontrará éste y otros folletos, así como también títulos en inglés.
Estos folletos tratan temas como la muerte, el divorcio, la depresión,
el perdón, la paternidad, desde una perspectiva y base cristianas.

*Check out LHM's online store
for a variety of ministry resources*

If you would like to get hard-copy booklets
of this item, you can do so by going to
<http://www.lhmgift.org/storefront/products.asp?by=topic&id=7>.
There you will find this and other Project Connect booklets,
with many titles in Spanish as well. Subjects like peace, divorce,
forgiveness, cancer, gambling, post-traumatic stress disorder
and loneliness are only a few of the topics sensitively
addressed in these concise, Christ-centered volumes.



© 2014 CPTLN

Todos los derechos reservados

Cristo Para Todas Las Naciones
es la división hispana de Lutheran Hour Ministries,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones
a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas
de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.